

# Lo que Barranquilla tiene de sefardí

Todo habitante de Barranquilla probablemente habrá escuchado en algún momento de su vida los apellidos Cortissoz, Salcedo, Juliao y Sourdis; pero muy pocos reconocerán en ellos la herencia judía de la ciudad.

Los sefardíes son los descendientes de los judíos que se radicaron en *Sefarad*, la Península Ibérica, como consecuencia de los exilios que sufrieron en la Edad Antigua, principalmente el perpetrado a comienzos de la era cristiana por los romanos.

Durante siglos, y en especial bajo autoridades musulmanas, los hebreos se adaptaron a las condiciones de vida en la Península Ibérica. Sin embargo, en 1492 fueron obligados abrazar el cristianismo o a dejar los dominios de los Reyes Católicos, so pena de muerte y confiscación de bienes. Muchos israelitas flaquearon en su fe y se convirtieron. Otros se bautizaron pero continuaron practicando su religión de manera clandestina, por lo que fueron llamados “marranos” o criptojudíos.

Muchos de los que abandonaron España pasarían a Portugal, y décadas después de Portugal a los Países Bajos. En el siglo XVII Holanda ganó cierta supremacía sobre los mares del mundo, permitiendo que un buen número de sefardíes se establecieran en Curazao y otras islas del Caribe, desde donde tejieron una eficiente red de conexiones comerciales; y desde donde más tarde pasarían a Hispanoamérica.

Las circunstancias en que los sefardíes llegaron a Colombia son muy distintas a los destierros que habían padecido. Simón Bolívar, entonces presidente de (la Gran) Colombia, ratificó en 1829 un tratado con los Países Bajos del que puede inferirse una invitación a los hebreos para integrarse a la nueva nación.

Un primer grupo de hispanojudíos de Curazao se estableció en Riohacha por su larga tradición como punto de contrabando, pero fue Barranquilla el lugar que atrajo a Colombia el mayor número de sefardíes a mediados del siglo XIX.

El auge de la navegación a vapor había llamado la atención de los comerciantes sobre la pequeña villa, en vista de su cercanía al mar y al río que lo comunica con el interior del país. Sin embargo, sólo a partir de 1849 fue autorizado el comercio exterior a través de Sabanilla, gracias a una fuerte presión ejercida por el emergente empresariado asentado en Barranquilla, en el que ya figuraban varias firmas curazoleñas.

Barranquilla ofrecía un ambiente de tolerancia hacia los hispanojudíos. En primer lugar, por la débil presencia de la Iglesia Católica; y en segundo lugar, por la vacante social ante la necesidad de hacer frente a los retos de los negocios internacionales, área bien conocida por los hebreos curazoleños. Ahora, la sociedad barranquillera no sólo fue tolerante con los sefardíes, sino que los asimiló como suyos.

En 1854, se dio la elección de David Pereira, de origen sefardí, como gobernador de la Provincia de Barranquilla, y en 1857 fue

inaugurado en un terreno donado por el Concejo Municipal el Cementerio de los Hebreos, el cual sería incorporado unos años después al Cementerio Universal.

Los hispanojudíos de Curazao estaban familiarizados con el ámbito caribeño: conocían el clima y hablaban castellano, pues también era su lengua materna. Todo ello conllevó a que la identidad judaica se diluyera en el lapso de dos o tres generaciones; fenómeno acelerado a causa de los matrimonios contraídos con personas de confesión católica.

Con su amplio conocimiento sobre transporte marítimo y prácticas mercantiles, los sefardíes contribuyeron a la rápida inserción de Barranquilla en los mercados internacionales mediante la comercialización de productos agrícolas, principalmente hoja de tabaco. Esto supuso el

aprovechamiento de su ubicación geográfica como ventaja comparativa sobre Cartagena y Santa Marta.

En 1872, Hoenigsberg, Wessels & Co., una compañía de judíos asquenazíes (centroeuropeos), llevó a término la construcción del ferrocarril que unía a Barranquilla con el puerto marítimo de Sabanilla. Las transacciones comerciales se dispararon, posicionando a la ciudad como el principal puerto del país. En este período de crecimiento, los sefardíes fueron la comunidad extranjera más numerosa e hicieron sus aportes a la industrialización de Barranquilla.

El empuje sefardí fue un poco más allá de un simple interés económico. Junto a Ramón B. Jimeno Collante, el curazoleño Jacob Cortissoz impulsó las obras del primer acueducto de la ciudad. Su hijo Ernesto lideró la constitución de SCADTA (Sociedad Colombo-Alemana de Transporte Aéreo), primera aerolínea del continente.

Ernesto Cortissoz murió trágicamente en 1924 al precipitarse el hidroavión desde el cual pretendía sobrevolar la ciudad para lanzar propaganda a favor de la adecuación de un puerto marítimo en el casco urbano. La comunidad barranquillera les rindió homenaje a las víctimas del fatídico accidente con la escultura del Águila que vigila el Parque de los Fundadores.

Otro destacado líder de origen sefardí fue Tomás Surí Salcedo, quien intervino en la adquisición del lote destinado al proyecto Parque Once de Noviembre (donde actualmente se encuentran el Teatro Amira de la Rosa, el Coliseo Cubierto, la Segunda Brigada, la Piscina Olímpica, etc.). Asimismo, donó el terreno donde la Sociedad de Mejoras Públicas instaló el parque-vivero que, luego de su relocalización, sería el Zoológico de Barranquilla. Tomás Surí Salcedo ocupó importantes cargos públicos y privados desde los cuales promovió la construcción del canal de Bocas de Ceniza.

Los patronímicos de Mordehay H. Juliao, fundador de la centenaria Droguería Juliao, y Evaristo Sourdis, notable candidato a la Presidencia de la República en 1970, se suman al legado sefardí que hoy en día los barranquilleros identifican como acervo propio.

Barranquilla tiene de sefardí\* una valiosa herencia oculta entre las líneas cruciales de su historia, pues fueron los israelitas, tanto hispanojudíos como alemanes, quienes forjaron la llave que abrió la Puerta de Oro.

*\*Este texto alude a la comunidad sefardí que se estableció en el Caribe colombiano durante el siglo XIX, cuyos descendientes se asimilaron a la cultura local en el lapso de dos o tres generaciones. No obstante, la Región recibió en el siglo XX otros movimientos migratorios de judíos, los cuales lograron consolidar una pequeña pero dinámica comunidad que conserva su identidad hebraica.*